

Vigencia de las Utopías en América Latina: Educación Popular, Pedagógica y Política

*The present standing of Utopias in Latin America
(Popular, Pedagogical and Political Education)*

Frei BETTO

PASOS. Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI). San José, Costa Rica.

RESUMEN

Sin ánimo de confundir la metafísica del *fin de la vida* con la *otra* del "fin de la historia", no se puede dejar de lado la confirmación de que es la vida del hombre la que se realiza como proceso y proyecto en la Historia. Lo contrario sería aceptar ese "determinismo historicista" tan en boga, que anuncia el arribo, ¡al fin!, del "final de la Historia", concretamente en la que se enseñorea la majestuosa divinidad del mercado capitalista. Determinada la Historia en sí misma por la lógica de las leyes del mercado, el *sujeto* queda rebasado completamente por los acontecimientos y alienado en su posibilidades utópicas, educativas y políticas. En este artículo se precisan las nefastas consecuencias que ha traído para la América Latina esta ideología emergente del neoliberalismo en el desarrollo de auténticos procesos de conocimientos sociales, culturales e históricos.

Palabras Clave. América Latina, Utopía, Educación, Política.

ABSTRACT

We have no interest in confusing the metaphysics of the "end of life" with that of the "end of history", but we cannot put aside the confirmation that it is the life of man which has been accepted as the process and project of history. The contrary would be to accept this "historical determinism" which is fashionable at the moment, and which is announced above as the long-awaited arrival at the "end of history" in which the majestic divinity of the capitalist market takes possession and domineers. If we determine history by the same logic of the laws of the market, the subject is completely replaced by the events, and alienated from his utopic, educative and political possibilities. In this article we define with precision the negative consequences this emerging ideology of neoliberalism has brought to Latin America, in terms of the development of authentic processes of social, cultural and historic understanding.

Key Words: Latin America, Utopia, Education, Politics.

Recibido: 22-11-96 Aceptado: 04-02-97

Es probable que los 2.400 años transcurridos desde Sócrates hasta nuestros días, la humanidad no haya conocido un período tan desprovisto de utopías como el actual. ¿Dónde están las grandes ideas filosóficas, religiosas o políticas que nos impulsen en dirección a un futuro mejor? El nipón estadounidense Francis Fukuyama expresa de forma muy apropiada el primero y único mandamiento de la moda neoliberal que asola el planeta: *"la historia se acabó"*. He aquí una novedad, en un mundo marcado por la cultura judeocristiana que difundió la creencia en un Dios-Yahvé que, al contrario de las divinidades griegas, se revela en la historia.

Los adeptos de Jesús comparten la fe de que el mismo Dios creador del Universo es el Padre que nos promete, en la plenitud de la historia, el Reino de justicia y paz. Como todavía hay guerras y hambre, no se puede decir que el Reino se haya manifestado; por tanto, la historia no ha alcanzado su plenitud. Pero, por el decreto de un funcionario del Departamento de Estado de los Estados Unidos, la historia ha llegado a su fin. Por ende, no existiría ningún lugar a donde llegar (= utopía). Bajo el imperio de las leyes del mercado, éste sería el mejor de los mundos.

Aún las grandes religiones orientales, como el budismo, poseen una visión cíclica de la historia, al considerar la vida como una etapa reencarnatoria rumbo a la purificación que nos introduce al Nirvana. Como la filosofía griega, ellas detectaron en el corazón humano el anhelo de esperanza. La existencia no es sólo un ocaso. Es fruto de una historia natural apuntada, en su evolución, en el relato de la Creación del Génesis.

-¿Por qué Dios creó el mundo en abonos, en siete días?- pregunto don Antonio en el curso bíblico. -Si Dios es todopoderoso, ¿por qué no lo creó como cuando uno hace un café instantáneo?-

Don Antonio había sospechado que, para la Biblia, la historia antecede a la presencia humana en el escenario de la naturaleza. Aquel cuyo nombre era historia -pues Su nombre se pronunciaba como rescate del pasado: *"el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob"*-, ya había imprimido movimiento evolutivo en el propio acto de la Creación. Las grandes religiones antiguas habían intuido esto. Sin embargo la ciencia tuvo que esperar hasta el siglo XX de nuestra era para constatar que el Universo apareció en el siglo *Big Bang*, aproximadamente hace quince mil millones de años, cuando surgió entonces el tiempo y, tras él, la flecha de la evolución. La energía se condensó en materia y, al calor de las estrellas, fueron fundidos con diferentes consistencias y cualidades todos los átomos que integran, como ladrillos, las estructuras de los mundos inorgánico y orgánico. Los propios átomos tienen su historia de integración, desde sus partículas elementales que oscilan en la indefinible frontera entre lo espiritual y lo material, como los quarks y los electrones, las moléculas y células que constituyen los eslabones de los cuerpos minerales, vegetales y animales.

-La vida es el mayor don de Dios-, repiten los militantes de las comunidades eclesiales de base (CEBs) de América Latina, cuya población está desprovista de los bienes esenciales que evitan la muerte precoz.

Aunque la vida de la mayoría de los latinoamericanos sea considerada sin valor por las élites del continente y de los Estados Unidos, ella es, en sí, un fenómeno maravillosamente indescrible, científicamente inexplicable y técnicamente irreproducible. La historia de la vida de cada uno de nosotros tuvo su inicio hace millones de años. Hasta el momento nos parece que la vida es exclusiva del sistema solar, más exactamente del planeta Tierra, a bordo del cual viajamos a una velocidad de treinta kilómetros por segundo. El sol habría surgido hace unos cinco mil millones de años; la Tierra cuatro mil quinientos cincuenta millones de años; y hace un poco más de tres mil millones de años, la vida emergió del fondo de los mares.¹ De este modo, ese "*don mayor de Dios*", del cual usted y yo somos ejemplares, posee también su historia, que va desde las bacterias a las amibas, desde los organismos unicelulares a los pluricelulares que, de tan viciados en aspirar ese gas letal y fuertemente oxidante -el oxígeno-, consiguieron transformarlo en alimento esencial a los seres vivos que respiran a la luz del Sol.

Nosotros, seres humanos, somos consecuencia de una historia que evoluciona de lo más simple a lo más complejo, de lo menos consciente a lo más consciente, intrigando a los científicos que, aún hoy, insisten en ignorar que la evolución parte de la energía para condensarse en materia y desde ésta, para llegar a la plenitud en la espiritualización, informada por la dinámica del amor. Desde el abuelo *homo sapiens*, que logró emanciparse de la familia simios, hasta la civilización, pasaron seiscientos mil años de perfeccionamiento de la especie... aunque todavía arrojemis misiles sobre nuestros semejantes y dejemos a millares padecer hambre.

Todo indica que la vida humana es la gran utopía de gala. Después de su irrupción, no surgió ninguna especie más perfecta. Y si Dios descansó en el séptimo día, nosotros, las criaturas, entramos a intensos trabajos, tales como hacer la historia que podemos, contar la historia que hacemos, y soñar la historia que queremos. Principalmente porque, en América Latina, la vida es un producto raro y caro, y la muerte abundante.

1. EL CENTRO EUROPEO Y LA PERIFERIA AMERICANA

Destinado por vocación a la plenitud, todo ser humano es un peregrino de lo Absoluto. Exceptuando a Dios, nada nos sacia. Y como Dios habita en la

¹ Cfr. Ferris, Timothy. *O despertar na Vía Láctea*. Campus, Rio de Janeiro. 1990.

profundidad del Amor, tanteamos en busca de ilusorios consuelos, incurriendo en la ambición que nos hace confundir las cosas.

¿Dónde queda el centro del universo?, preguntó doña Hortensia mirando las estrellas desde la puerta de la capilla en “*Boca de Acre*”, en Amazonas.

En cada uno de nosotros, respondió don Antero. Es nuestra conciencia lo que da sentido al Universo y, sin embargo, no somos el centro del mundo. Y todas las veces que nos sentimos el centro del mundo adoptamos una actitud de propietarios del Jardín del Edén y expulsamos a nuestros semejantes del Paraíso. Así, convencidos de que eran el centro del orbe terrestre y únicos detentores de la civilización y de la verdadera y santa religión, los españoles que invadieron México en el siglo XVI, expulsaron de la historia y de la vida a 23 millones de indígenas, según unos; a 16 millones, según otros autores: para reducirlos en 79 años poco más de un millón.²

La llegada de los europeos a nuestras tierras, llamada Abya Yala por los indios del actual Panamá, provocó una profunda crisis en la utopía de los pueblo que aquí vivían. Por una perversa coincidencia, aquellos hombres de barba roja, montados en extraños animales, como si tocaran el cielo, correspondían a las flechas y señales de las utopías vigentes entre los habitantes de América. Las divinidades utópicas - Quetzalcóatl, en México, y Viracocha, en Perú- retornarían, respectivamente, en el año ce-acall y en el reinado del XII Inca (Atahualpa), trayendo un tiempo de abundancia.³ Lo que vino no obstante, en aquellas enormes “casas flotantes”, fue la topía de la muerte. La mayoría de los súbditos de Fernando e Isabel que llegaron aquí en busca de *El Dorado*, estaban obcecados por la ambición del poder y la riqueza. Todo debía ser sometido a su yugo colonizador: las riquezas naturales, por la fuerza de las armas; los cuerpos, por la esclavitud y las encomiendas; y las almas, por la destrucción de las religiones y de las culturas autóctonas. A partir de la invasión y de la conquista, los pueblos que aquí vivían no deberían soñar sino el sueño del colonizador, sin pretender igualarse.

A pesar del genocidio y del ecocidio causado por la empresa colonialista, durante quinientos años las víctimas - indios, negros, mujeres, emigrantes y trabajadores- mantuvieron sus culturas de resistencia. Disfrazaron de cristianismo a sus cultos, rebautizaron cristianamente a sus divinidades, buscaron la libertad en el fondo de las selvas y en el “palenque”, y cultivaron sus raíces en la tradición de sus comidas, música, bailes, creencias, idioma y utopías. Desde Alaska hasta la Patagonia, todos los pueblos de América lucharon por su independencia frente a los reinos europeos. Pero, una pequeña parcela de los habi-

² Cfr. Borah, S. Cook. *The indian population of Central Mexico. 1531-1610*. University of California Press, Berkeley. 1960. p.48; Boff Leonardo. *América Latina: da conquista a nova evangelização*. São Paulo. 1992. p.10.

³ *Ibid.*, p.28.

tantes del Nuevo Mundo fue coptada por los colonizadores, convirtiéndose en cómplices de la implantación de un modelo social y cultural mimetista adecuado a los intereses de fuera. De esta forma, los blancos pasaron a ser considerados superiores a los indígenas y negros; los patrones a los empleados; los ricos, a los pobres; los hombres, a las mujeres; la América del Norte a la América Latina. De hecho, no son las diferencias naturales y culturales lo que constituye la base de ese sistema de dominación, sino la riqueza que asegura el acceso a armas poderosas. Quien tiene más fuerza, tiene más razón; quien dispone de más poder, está revestido de más autoridad. ¿No fue, pues, ésta la razón única que posibilitó a Estados Unidos anexionar a su territorio, entre 1836 y 1848, vastas extensiones de México, como Texas, y a todo un país soberano como Puerto Rico?

2. ¿FUERA DEL MERCADO NO HAY UTOPIÁS?

La utopía que la dominación neocolonialista diseminó en el continente es la del *american-way-of-life*, fabricada en los estudios de Hollywood. Pero, ¿cómo soñar con tan estrecha puerta? ¿Cómo subir tantos escalones si nos faltan piernas y manos? ¿Estará prohibido soñar con un mundo donde no haya opresores ni oprimidos y en el cual las diferencias sexuales, raciales, técnicas y religiosas no constituyeran desigualdades entre las personas? Platón, Tomas Moro y Campanella, cada uno a su modo, soñaron con ese mundo utópico. Su viabilidad histórica surgió en el siglo XIX con el socialismo, cuyas propuestas llegaron a América Latina al inicio de este siglo. Aquí, las ideas socialistas fueron difundidas por la militancia de anarquistas y comunistas. Sin embargo, no eran las doctrinas políticas y los recetarios ideológicos lo que resonaba en el corazón ansioso de ese pueblo que busca aliento en Nuestra Señora, sea ella Guadalupe, Aparecida, de los Angeles o del Cobre; nombrada patrona, Purísima, Inmaculada o Madre de Dios. Sólo las fuerzas políticas que supieron incorporar los sentimientos religiosos del pueblo a sus propuestas libertarias lograron hacer revoluciones en América Latina: México (1912), Cuba (1959), y Nicaragua (1979).

Pero ahora dicen que hemos llegado al "*fin de la historia*". La única opción que queda es entre capitalismo y capitalismo. No matan nuestros sueños, simplemente nos enseñan que no son abstractos ni se ubican en el puente del tiempo. Son concretos y palpables, están en nuestro espacio y cuestan dinero. Sólo ellos deber ser objeto de nuestros deseos: un par de tenis, una bicicleta, un carro nuevo, una casa de campo, vacaciones en el extranjero y dinero en el banco. El final de la historia coincide con la llegada de los acaparadores. Las catedrales góticas van quedando a la sombra de los centros comerciales. Hoy, los sueños ya no necesitan ser conquistados ni exigen heroísmo; tal vez un poco de

sacrificio para ser comprados. Y la ascética económica, bajo la promesa de glorias futuras, es especialidad del Fondo Monetario Internacional.

Los sueños no dependen de principios, sino de intereses. No nos exigen dignificar la función que ocupamos; por el contrario, se nos valora por la marca que llevamos. Se van los ideales, llega el mercado. En medio de tanta competitividad, queda bien hablar de solidaridad, de la misma manera que conviene enaltecer a la democracia para que la mayoría ni perciba que se encuentra excluida de las decisiones y de los actos de poder.

Victorioso el neoliberalismo en el panorama mundial, el "*fin de la historia*" se muestra, de hecho, como el fin de las utopías. Ya no hay en quién creer, qué creer, cómo creer, excepto para consumo privado e industrial. Estamos en plena crisis de la racionalidad moderna. El muro de Berlín se desmoronó, el determinismo histórico cedió lugar al principio de indeterminación, la física geométrica de Newton fue superada por el alucinado baile de las partículas subatómicas de Plank y de Heisenberg. Las utopías se volatizaron, los paradigmas se desplomaron y la esperanza exige hoy la linterna de Diógenes. Cae la nieve en nuestros corazones y mentes.

¿Victoria de la economía de mercado? Pirro tal vez creyera en las propiedades nutritivas de las hamburguesas McDonald's. El fracaso evidente es el del capitalismo implantado, hace por lo menos un siglo, en Africa y América Latina. El único país de nuestro continente que logró asegurar condiciones mínimas de vida a su población fue Cuba. Gracias al socialismo. Y si en Cuba las cosas no están mejor, o empeoran, no es porque Fidel Castro no escuche a los promotores de dictaduras que insisten en darle lecciones de democracia, sino debido al bloqueo impuesto por el gobierno de los Estados Unidos y a la desintegración de la Unión Soviética. Las estadísticas de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación sobre el hambre en el mundo no son más escandalosas, únicamente porque mil doscientos millones de chinos comen por lo menos dos veces al día. ¿Quién sabe si Brigitte Bardot no fuera una buena candidata a las próximas elecciones presidenciales en América Latina? Si aplicara aquí las leyes de la Sociedad Protectora de Animales, tendríamos todos una vida mucho mejor.

Faltando horizontes, el cielo es el límite. En una reciente Bienal del Libro en Río de Janeiro, los libros más vendidos fueron los infantiles y los esotéricos. Si Freud no explica, Jung entra en escena. En el bazar de las creencias todo vale, desde el tarot al "santo Daime", desde el pentecostalismo a la astrología, desde el Ching a los gurús de la India. Más que laborar la mente, zaran-deada por tantas incertezas, ahora las personas quieren laborar el alma. La matemática de Descartes cede su lugar a las energías cósmicas.

Hay un doble aspecto en esa onda de misticismo. Por un lado, la idolatría del capital y del mercado. Ya que no se puede cambiar el mundo, el negocio

consiste en ganar dinero, y si es posible, en cambiarse a sí mismo. Limitado el disfrute del cuerpo por el riesgo del SIDA, lo mejor es soltar el espíritu. De esta forma el diván del psicoanálisis sobra. Muchos ni quieren saber las causas de sus bloqueos psíquicos. ¡Basta de razón! Terapia es sumergirse en el misterio, ya sea por la vía de los aditivos químicos, como las drogas, o por la vía de las modas religiosas y esotéricas que cauterizan la profunda herida que llevamos en el centro del pecho, y anticipar para hoy el destino de mañana.

El otro aspecto es altamente positivo, pues todo ese fenómeno revela la insuficiencia de la racionalidad moderna, confirmando la tesis de Santo Tomás de Aquino - cofrade mío- de que *"la razón es la imperfección de la inteligencia"*. Y vuelve a colocar en el orden del día la cuestión de la subjetividad. Dios ahora es "in". Lástima que las iglesias históricas estén tan estructuradas en sus modelos de siglos, sin muchas condiciones de acompañar a los que se sumergen rumbo a lo trascendente.

Al contrario de las tendencias esotéricas, en general dirigidas hacia el propio ombligo, el cristianismo hace del otro una referencia divina. Y proclama el amor como experiencia de Dios. En esa línea, la esperanza resurge, no alrededor de teorías mecánicas o positivistas, sino centradas en lo concreto: ¿cómo celebrar la victoria del neoliberalismo si el Este Europeo entra en un proceso acelerado de latinoamericanización? Dios sí, pero como servicio y contemplación allá donde Jesús se identifica al reconocerse (*"tuve hambre y me diste de comer"*, Mateo: 25,35) en los niños y niñas de la calle, en los desempleados, en los enfermos, en los oprimidos. El amor como desafío místico y político. Y la oración como estímulo de la acción.

Si lográramos en la arqueología de las palabras bajar del nivel de las abstracciones y tronar las catedrales academicistas, tal vez llegaríamos al pobre como referencia fundamental, sobre todo porque él es la gran mayoría en este continente cuyo principal producto de exportación es el capital líquido para los acreedores del Primer Mundo. Entonces descubriremos que las utopías deben tener raíces, base ética y resonancia política. Hombres y mujeres nuevos, como hijos del casamiento de Santa Teresa de Ávila con Ernesto Che Guevara.

La puerta de la razón es el corazón y la llave del corazón la religión como expresión litúrgica de la osadía de amar al prójimo y de amar a todo lo que ocurre para la soberanía de la vida, con plenitud de fe y de fiesta.

3. FUERA DEL PUEBLO NO HAY SALVACIÓN

No podemos esperar que las utopías caigan del cielo, ni aceptar que la felicidad es proporcional al nivel de consumo. No obstante las ideas únicamente toman fuerza cuando se materializan en la acción de las masas, decía Lenin. La injusticia estructural que, como decía Las Casas, hace a la población

de América Latina morir antes de tiempo, indica que las utopías no sólo tienen futuro, sino que también se tornan necesarias y urgentes. Pero no se encontrarán en ningún estante de supermercado. Surgirán en la medida en que los empobrecidos se vuelvan artífices de cambios hacia un futuro mejor.

Sin embargo, las vanguardias de izquierda, convencidas de los dogmas mecanicistas que predeterminaban la naturaleza revolucionaria del proletariado, casi nunca se preocuparon por emancipar la conciencia popular del dominio burgués. Creían que el hambre y las contradicciones serían suficientes para llevar al trabajador a querer liberar al mundo de la opresión. Así, en nombre de un nuevo orden, aquellas mismas vanguardias imponían su voluntad sobre las masas inconscientes y, una vez en el poder, establecían toda clase de controles coercitivos y policíacos para gobernar, en nombre de la democracia, de modo autoritario.

En los últimos treinta años algo nuevo surgió en América Latina: la educación popular conforme a una metodología que hace del educando el sujeto de su proceso educativo. La ciencia no se deja engañar por las apariencias, sino que procura conocer la realidad tal como es. Del mismo modo, esta metodología no se basa en conceptos académicos sobre el pueblo, sino que, mediante una metodología inductiva, abre espacio para que el propio educando se manifieste en la expresión de su preferencia, ya sea religiosa, política, estética o lúdica. Se descubre entonces que en esos quinientos años, las raíces y la identidad de las víctimas del colonialismo y del neocolonialismo fueron conservadas como culturas de resistencia. Aun cuando la colonización haya destruido la pluralidad cultural existente entre indígenas y negros, para imponer la uniformidad del etnocentrismo ibérico, entre las clases subalternas la utopía tiene sabor de nostalgia. En América Latina se habla el español o el portugués, se profesa el catolicismo, se mide el tiempo por el calendario gregoriano, y aún así, los empobrecidos conservan sus lenguas nativas, rescatan sus cultos ancestrales, miden el tiempo por los ciclos de la naturaleza o por el calendario lunar, y preservan sus costumbres tradicionales.⁴

La educación popular es uno de los factores que han posibilitado sacar a flote ese rico manantial de cultura de nuestro pueblo y, como consecuencia, sus utopías, que no se expresan en conceptos académicos y literarios, pero son fuertes y profundas, pues tocan la razón y la emoción. En esa metodología se rompe la camisa de fuerza de la escuela tradicional, se hace del profesor un explicitador y sistematizador de lo que manifiestan los educandos, y se parte de la experiencia personal para llegar a lo social; se parte de la biografía del educando para llegar a la coincidencia histórica. Se va de lo particular a lo general, de lo local a lo universal, de modo que se asegure la alternancia praxis-teoría-

⁴ Cfr. *Culturas oprimidas e a evangelização na América Latina*. Texto base del Octavo Encuentro Intraeclesial de CEBs. Palloti, Santa María. 1991. p.12.

praxis. El proceso educativo es el momento teórico -en el sentido griego del término- de la praxis asumida por el educando y trata de profundizarla, corregirla y hacerla avanzar.

No hay pues “*fin de la historia*” cuando se descubre la propia historia personal como parte de un proceso colectivo, y cuando se adquiere conciencia de los derechos humanos, civiles, sociales y políticos. Si este trabajo no es todavía más amplio en América Latina, se debe al hecho de no contar con recursos oficiales e institucionales, depender de la disponibilidad de los educadores raramente profesionalizados, no conceder títulos ni ennoblecer *curriculum*, y sobre todo, por exigir de los educadores una “opción por los pobres” que no suele ser muy frecuente, ni aun entre aquellos que todavía abrazan la utopía socialista. Es curioso constatar que, hoy, hay más cristianos comunistas metidos en las “favelas”, en las selvas y en los barrios intentando transformar, en la convivencia popular, la nostalgia en utopía.

4. ¿CÓMO CONOCER LA REALIDAD?

Todos nosotros, educadores populares, pagamos tributo a nuestra formación escolar y al método bancario de aprendizaje. Por lo tanto no es raro ver en un educador popular practicar, en nombre de una metodología liberadora, el más fragante autoritarismo, queriendo poner conceptos en la cabeza de los educandos, como si alguna milagrosa química entre el sonido enfático de las palabras y la células de la masa encefálica, produjera seres conscientes y comprometidos. Se trabaja del pescuezo para arriba, considerando poco la dimensión holística (integral) del educando, incluidas la sexualidad y la subjetividad, la intuición y la espiritualidad. Se educa la razón sin educar la emoción, originando personas intelectualmente adultas y sentimentalmente infantiles, falsas y hasta agresivas. En la escuela, evaden las situaciones-límites de la vida: ¿qué se aprende en relación con la enfermedad, con la ruptura afectiva, con el fracaso y con la muerte?

Cada punto de vista es la vista del punto. Dos personas no ven el mismo objeto o la misma situación del mismo modo. Se hace una captación equivocada de la realidad cuando se pretende abarcar todo lo real, olvidándose de que lo real es dinámico y contradictorio, jamás estático y divisible en conceptos definitivos. La apprehensión de lo real proviene siempre de un proceso colectivo, y nunca puede ser confundido con la pretensión newtoniana-positivista de un conocimiento objetivo incuestionable. Como la realidad es en sí inaprehensible, nos aproximamos a ella a través de su abstracción.

La cuestión epistemológica se remonta a los griegos del siglo VI a.C. El sustantivo griego *episteme* se deriva del verbo *epistastal*, que significa “saber, estar cerca, conocer”. Para Pitágoras, el más perfecto conocimiento sería la

matemática. Para Platón, conocemos porque la esencia de las cosas ya estaría infusa en nuestra mente, que apenas poseería la capacidad de abstraer aquello que los sentidos captan de manera imperfecta. En el siglo XIII, Santo Tomás de Aquino rompe con el subjetivismo neoplatónico y da primacía a lo real. Y enfatiza que, en esta relación, posee la última palabra lo real, cuyo fundamento último será Dios.

La inversión de los instrumentos ópticos desafió la formulación aristotélica-tomista, al mostrar que nuestros sentidos pueden falsear la realidad. No siempre vemos lo que es, sino lo que parecer ser. Galileo introdujo la moderna concepción de la relación entre sujeto y objeto al afirmar que luces, colores y sabores son solamente nombres que no existirían sin un sujeto que los siente. Descartes abre una nueva vertiente del idealismo al priorizar la mente en el proceso de conocimiento. Este resultaría del entendimiento y de la razón, pues nuestros sentidos no son facultades cognoscitivas. Hoy, nuestro conocimiento es fundamentalmente cartesiano, fragmentador de lo real, como si el conjunto del reloj pudiera ser conocido por el estudio detallado de cada una de sus piezas. Y debemos a la física de Newton esa epistemología que nos hace creer que también en la sociedad y en la historia hay leyes universales e inmutables, de las cuales el marxismo quedó exento. Para Kant, vemos en lo real lo que queremos ver. Y no siempre hay coincidencia entre lo que veo y la cosa vista. Kant acentúa el carácter crítico del conocimiento al poner la siguiente pregunta: ¿es posible un conocimiento realmente objetivo? A la luz de la física de Newton, Kant creía que el verdadero conocimiento resultaría de la unión entre entendimiento y sentido, ya que con la sola intuición no podemos crear conceptos para hacer comprensibles los objetos de la intuición. Y, para Marx, la conciencia que tenemos de lo real es inducida por la propia realidad. Esto se aproxima a la clásica definición de verdad de Santo Tomás de Aquino: "*verdad es la adecuación de la inteligencia a lo real*". Marx, no obstante, no desarrolló una teoría epistemológica.

5. RUMBO A UNA EPISTEMOLOGÍA HOLÍSTICA (INTEGRAL) Y A UNA COSMOVISIÓN CUÁNTICA ⁵

La física cuántica, al descubrir que no hay objetividad científica a nivel de las partículas subatómicas (pues las respuestas se obtienen según las preguntas que se hacen), introdujo lo que Heisenberg llamó *principio de la indeterminación*, que nos obliga a repensar el propio concepto de ciencia y la rela-

⁵ Cfr. Charon, Jean. *O Espírito, este desconhecido*. Melhoramentos, São Paulo, s.f.; Weber, Renée. *Diálogo com cientistas e sábios* Cultrix, São Paulo. 1991; Heisenberg, W. *Física e filosofia*. Brasília, 1987; Frei Betto. *Teilhard de Chardin. Sinfonía Universal*. Letras & Letras, São Paulo, 1992.

ción sujeto-objeto. Si los métodos aplicados en la investigación determinan el resultado de subjetividad, no se puede conocer la realidad en sí, sino aspectos de ella vistos desde una óptica interpretativa y selectiva. Observar no es ver las cosas tal como son, y sí destacar el fenómeno de su ambiente real. Entonces, ¿qué observo? No la esencia de la realidad, que es inobservable por principio, ni su dinámica real, pues lo que observo también es el resultado de mi intromisión. En resumen, el objeto que analizo no es la realidad en sí, sino el objeto sometido al método científico que aplico.

Los griegos pensaban que el átomo era la porción menor de la materia. Gracias a la física cuántica ahora sabemos que el propio átomo resulta de la interacción de partículas todavía más elementales, como los electrones (fár-mions, bósons y quark). En ese nivel subatómico se diluye el límite ente materia y energía. Un electrón puede ser al mismo tiempo onda y partícula. Esto indica que, en el nivel más elemental, todas las cosas están ligadas, pues sin excepción se derivan de la sopa cósmica de hidrógeno. Y todas, igualmente, cargan la dualidad onda-partícula, energía-materia, siendo el ser humano tal vez el más perfeccionado de esa interacción, pues en él la materia tiende a un alto grado de espiritualización, y la conciencia reflejada le permite emerger de los automatismos atávicos, propios del reino animal, para experimentar la libertad. De este modo podemos afirmar que nuestro cuerpo manifiesta nuestro lado partícula, y nuestra mente el lado onda, y los bósons y férmions, que forman la materia prima de nuestro ser, son tan antiguos como el universo mismo.

Tales descubrimientos nos llevan a superar la cosmovisión clásica, basada en la física mecanicista de Newton y en la fenomenología moderna. Ni es nuestra conciencia la que crea los valores como conquistas culturales. Apenas explica o revela aquello que corresponde a las raíces de lo real. El ojo cuántico nos muestra que estamos indeleblemente relacionados con todos los seres de la naturaleza y con todo lo que constituye el Universo. No somos sujetos de una realidad ajena a nosotros y, sin embargo, objeto de nuestra acción. Somos causa y efecto de ese mundo de relaciones informado por su sentido que transita en su evolución. Por lo tanto, no hay cambios objetivos sin una radical transformación del sujeto político. No hay cambio del sujeto político sin una acción transformadora de la realidad. La dialéctica deja de priorizar el polo de las contradicciones intrínsecas a lo real, para destacar la acción humana informada, no sólo por ideales políticos, sino también por emociones y sentimientos que pueden ser egoístas o amorosos. Y lo real jamás se dejará engañar por nuestras palabras. Es sensible sobre todo a las motivaciones más profundas y, por ende, verdaderas, de nuestros gestos. En resumen, en esa realidad creada, somos seres creadores.

Cualquiera que sea el perfil de las nuevas utopías que emergen en este mundo, en el cual la caída del muro de Berlín coincide con la construcción de

los campos de concentración serbios, ellas tendrán que integrar en sus ideales políticos, cambios sociales y conservación del ambiente, la sexualidad y espiritualidad, mística y compartimiento de los bienes necesarios para la vida. En ese sentido, la educación popular deberá considerar a los educandos como síntesis personalizadas de las energías cósmicas y autores del sentido del Universo, rescatando la dignidad inherente al ser vivo, en particular de aquellos que son las víctimas sociales, de lo que se cuenta los llenó de riqueza y poder. Solamente una epistemología que coloque al pobre en el centro del proceso histórico, y una cosmovisión que considere a la negación de su derecho a la vida una fractura en el propio curso del Universo, nos darán las llaves de las nuevas utopías, que tanto ansiamos.